

Volumen XV.—Julio 1.º de 1920.—Número 146.

REVISTA
del
COLEGIO MAYOR
de
Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección
de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTA
IMPRENTA DE SAN BERNARDO
MCMXX

CONTENIDO

- Degeneración de
nuestra raza..... R. M. C.
- Conferencia del
Dr. Perrier sobre
la literatura co-
lombiana..... NICOLAS GARCIA SAMUDIO.
- Canto al latín..... LUIS ENRIQUE FORERO.
- Colegio de la En-
señanza..... RAMON ZAPATA, M. A.
- Apuntes para el es-
tudio de la antro-
pología..... JOSE TOMÁS ESCALLON.
- Azaroso despertar. IGNACIO CARRASQUILLA.
- Un antiguo cate-
drático del Ro-
sario..... CARLOS RAMIREZ MONREAL.
- Las delicias de un
régimen..... SOFIA CASANOVA.
- ¡Esperando!..... VÍCTOR VAN TRICHT, S. J.
- Daniel Ortega Ri-
caurte.
- En elbando silen-
cio de la noche. MANUEL FERNANDEZ GORDILLO

REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, Julio 1.º de 1920

DEGENERACION DE NUESTRA RAZA

(A los jóvenes de la Asamblea de Estudiantes)

Mucho se ha hablado y escrito en estos días sobre el asunto que sirve de epígrafe a estas líneas.

La palabra *degeneración* y la idea que con ella se expresa son puramente relativas.

Degenera un individuo, un pueblo, una raza, cuando se hallan en condiciones inferiores a aquellas en que se encontraban en determinada época anterior. Roma, en el siglo IV de nuestra era, había degenerado respecto al tiempo de Augusto.

También se llama degenerado el que no alcanza el grado de perfección de la mayoría de sus congéneres. Un sordomudo de nacimiento merece el calificativo, que puede aplicarse también a los hotentotes, por más que no estén ahora peor que hace mil años.

En lo que se ha publicado, aparece el vocablo unas veces en un sentido y otras en otro. Donde hay anfibología la verdad se esconde, o a lo menos se cubre el rostro con un velo.

Como quiera que se entienda, para hablar de raza degenerada, preciso es hacer comparaciones, y no a bulto, ni a tontas y a locas, ni al buen tun tun, ni a ojo de buen cubero, ni a palo de ciego, ni a cara y cruz, sino

fundadas en datos verídicos, exactos, completos. Las ciencias naturales—y la etnografía es una de ellas—no admiten, como la teología sagrada, definiciones *ex-cathedra*, porque Dios no ha concedido a los naturalistas el dón de la infalibilidad.

Vaya un ejemplo vulgar para ilustración de lo dicho. Pedro no posee sino cincuenta mil pesos de capita'; vive en una casa modesta; no puede tener automóvil propio; sólo bebe champaña cuando tiene invitados a la mesa; a penas le regala a su mujer una joya cada semestre. ¿No está Pedro empobreciéndose a ojos vistas? Si había heredado un millón, claro que sí; mas, si ahora diez años era un empleadillo de a treinta duros mensuales, se está enriqueciendo a la carrera.

Otra cosa; el hombre es animal, pero no idéntico a los demás mamíferos, porque está animado por un espíritu inmortal, y posee entendimiento capaz de toda verdad, voluntad en que caben todas las virtudes, todos los heroísmos. Para saber si avanza o retrocede, preciso es examinarlo, no sólo en lo físico sino en lo intelectual; en sus facultades morales y en sus relaciones sociales. Cierta escritor francés observaba poco antes de la guerra, que ya no se encontraban en su país gigantes como los de la vieja guardia imperial. Será cierto; pero una nación que produce un poeta como Sully-Prudomme, un sabio como Pasteur, un general como Foch, no es lo que llamarse pueda pueblo degenerado.

No hay sociedad humana sin enfermedades y miserias, sin defectos de organización, sin vicios y crímenes. Sin embargo no por eso todas fatalmente degeneran. Lo que degeneró fue la especie humana entera de resultados del pecado original. Pero el Redentor del mundo inició la regeneración de la humanidad, y la ha venido completando a través de los siglos. Suponer que el mundo entero decae es injuria a la Providencia divina

y, para los que no creen en ella, es negación de la teoría del progreso indefinido, inventada por Hegel y ampliada por Spencer.

Aseméjense las dolencias y debilidades de la senectud a las de la primera infancia. El párvulo y el anciano andan con paso vacilante, se alimentan de viandas de fácil asimilación, confunden las ideas, son caprichosos y volubles. Los males que aquejan a Colombia ¿son síntomas de la dentición o de la arterio-esclerosis? Una nación degenerada a los cien años de su fundación es un hecho sin precedente en la historia.

Además, ¿cuál es la raza de que se está hablando? Porque nuestro país fue poblado por tres estirpes distintas: la india, la blanca y la negra. Y, aunque últimamente han empezado a mezclarse, todavía no forman un linaje común. ¿Quiénes han degenerado? Los indios? ¿Con respecto a la época anterior a la conquista o los tiempos de la colonia? ¿Los negros son inferiores a sus antepasados comprados en los mercados de Orán? Si la decadencia se halla entre los blancos, ¿cuándo empezó ella? En el caso de que se trate de comparar a Colombia con los demás pueblos de origen ibérico, es preciso traer al debate datos estadísticos completos. Y de resultar que nuestros defectos son los mismos de toda la América española, tendríamos un chico pleito que denunciarle a España y a quince repúblicas del nuevo continente.

La mayor parte de las observaciones que se han aducido se refieren a la capital de la República. Bogotá tiene cualidades y defectos, virtudes y vicios, excelsitudes y miserias que no comparte con el resto de la nación. Aquí se ha cometido el error de aplicar al todo los atributos de una de las partes.

En la manera como se está tratando el problema en que nos ocupamos se ha seguido un procedimiento anti-

científico. Las ciencias físicas no pueden estudiarse, como las matemáticas y las morales, por el método deductivo y sintético, sino por medio de la inducción y el análisis. En el presente caso, se concibió *a priori* la teoría de la degeneración de nuestra raza y para demostrarla se han empezado a escogitar argumentos. Es decir, se está buscando el ahogado río arriba.

Los distinguidos jóvenes que forman la Asamblea de Estudiantes me honraron pidiéndome una conferencia sobre el tópico discutido en estos días. A pesar de mi buena voluntad, tuve que excusarme de complacerlos; porque no he hecho estudios de etnología y no quiero imponer a los demás la mortificación que yo siento cuando ciertos periódicos tratan cuestiones teológicas o cuando ciertos escritores censuran nuestra educación secundaria juzgando por la escuela de su pueblo nativo. Sin estadísticas, y entre nosotros no existen sino rudimentarias, el problema no puede afrontarse. Y aunque poseyésemos todos los datos necesarios, la conclusión sería obra de muchos años de estudio y de escribir un abultado volumen. Hay materias que no caben en una conferencia ni un artículo de periódico. Si nos hemos permitido las observaciones anteriores es porque ellas se apoyan, no en la ciencia etnográfica, sino simplemente en la lógica elemental, que es fundamento de toda investigación (1).

El ver ruinas y desolación por todas partes, el lamentar los tiempos idos y maldecir los presentes, es achaque de viejos, y ya Salomón lo calificó de estulticia. Los jóvenes, dueños de lo porvenir, deben ser optimistas y no sentarse como Jeremías, a llorar sobre las ruinas de Jerusalén, sino levantarse como Esdras a reedificar y embellecer la ciudad santa que es, para los corazones bien nacidos, la Patria colombiana.

R. M. C.

(1) Si yo hubiera de resolver el problema fundándome sólo en las prendas de la juventud educada en el Colegio del Rosario, proclamaría el progreso de nuestras razas.